

EL AMIGO DE CARTAGENA.

PERIÓDICO DE INTERESES GENERALES.

TODO POR CARTAGENA Y PARA CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Cartagena, imprenta y litografía de Marcial Ventura, calle del Duque 23.

La correspondencia, anuncios y comunicados diríjanse al propietario del mismo, Plaza de San Francisco núm. 14.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, D. HIPÓLITO CALDERON.

SE PUBLICA TODOS LOS DIAS POR LA TARDE, EXCEPTO LOS FESTIVOS.

EN CARTAGENA, UN MES 6 REALES.

FUERA DE LA LOCALIDAD.

Un trimestre 24 reales.—Seis meses 46.—Un año 88, pago adelantado

Números sueltos, UN REAL.

EFEMÉRIDE.

1858 Primer debate entre Lincoln y Douglas, sobre la esclavitud, en Otaw.

CARTAGENA 21 DE AGOSTO DE 1878.

AHÍ VA ESO.

A LOS REDACTORES.

¡Dios os salve mis buenos amigos!

La inesperienza de los pocos años, el valor que da la juventud, el entusiasmo con que ahora vivis, la confianza en lo mucho que podeis, os arriesgan en una difícil empresa, y os preparan no lejanos sinsabores, muy próximos desalentados. ¡Felices vosotros, despues de todo, que conservais valor, entusiasmo y confianza! ¡Desdichado de mí que sin saber por qué, aún no conozco la verdadera fuerza de esas palabras.

Bien pudisteis adquirir viñedos en tiempos de *oidium* y *phyloxera*; viajar por esta bendita España con reloj y sin trabuco; confiar vuestros fondos á cualquier licenciado del ejército de Cuba; fabricar gas para Barcelona; hacer os *oposicionistas* en la prensa ó en las elecciones; escribir dramas que no se representen, versos que no se lean, artículos que caigan de lleno sobre las más alarmantes llagas sociales: ¡todo, todo antes que vuestro intento!

Laudable es vuestro propósito; defensa necesitan los intereses á que os sacrificais; noble y

valioso medio elegís; mucho podeis. Y sin embargo: ¿qué vais á hacer?

¡Un diario independiente! ¡Ahí es nada!

La verdad parece de una evidencia tal, que á vosotros mismos se os ha debido ocurrir, y realmente no necesitaba yo deciroslo. Esa independencia que proclamais porque está en vuestro carácter mismo, no puede animar por mucho tiempo la vida de un periódico que en reducida localidad se desarrolla, donde la imprenta tiene casi exclusivo movimiento para los anuncios judiciales y administrativos, ó para facilitar las operaciones del comercio.

Si *hicierais política*; si viniéseris á defender las doctrinas de un partido determinado, de un pequeño grupo siquiera, todo variaría. Sujetos quedaríais á la arbitrariedad de una autoridad cualquiera, y os aprisionaríais desde luego, en esa red de espesas mallas que se llama ley de imprenta, y se recoge ó se extiende á voluntad de un hombre; pero aún así, vida tendríais, con lectores en vuestros correligionarios para aplaudiros, en los demás, para censuraros.

Si optais por vida más tranquila, y otras serenas esferas os halagan, ceñid vuestras sienes de frescos laureles, marchad por la senda que al templo de la gloria conduce, y dad vida, que bien podeis hacerlo, á una revista literaria y científica. Aun siendo buena (y mucho lo sería escribiéndola vosotros) tened por seguro que la leerian únicamente sus redactores y amigos más allegados: en éste caso, podría costaros dinero, nunca disgustos.

Pero ¿qué habeis hecho? Os habeis consagrado

á la defensa de los intereses *espirituales* y materiales de localidad, considerando sin duda, que cuantos más brazos ó más plumas atiendan á ellos, más garantidos han de estar.

¿Qué vais á conseguir?

Al hablar de un asunto municipal, disgustar á vuestros lectores, y escitar la bilis del señor Alcalde y aun del sota espabilador de la casa. Si os ocupais de teatros, el público inteligente os juzgará apasionados, llamará *bombos* á vuestros escritos, y no os librareis por eso, del resentimiento de los artistas, aunque sólo sea del tramoyista ó del traspunte. Dedicados, dedicados si os place, á escritos de costumbres, que *bueno está el horno para bollos*: en cada coma, una intención oculta; en cada línea, una alusión personal; en cada párrafo, multiplicidad de sentidos; en cada tipo, veintisiete conocidos retratos cuyos mismos originales pugnan por ponerse de pié y empinarse haciéndose visibles; en cada escena copia de escenas íntimas cuyos autores y testigos, aludidos por supuesto, ponen el grito en los cuernos de la luna. Lleguemos á la seccion de noticias, y producireis el enojo del señor X, porque al decir que son sus días, no consignais que le han regalado sus niñas un par de zapatillas bordadas; el del señor Z, porque anunciasteis su salida en el tren mixto, y no en el correo; y el del señor K, porque hablando de los brillantes exámenes de su chiquitin, se os olvidó consignar que ya tiene la gracia de guardia marina. Y el dia en que trateis un asunto de verdadero interés con el claro criterio y la elevación de miras que siempre os han de guiar,

173

TAL PARA GUAL.

—En un pueblo oi contar de un médico que hacia curas prodigiosos.

—Yo he conocido otro médico que tenia mucha fama, siempre tenia la casa llena de gente.

—Pues verá usted: éste que digo yo habia estado en muchas tierras y habia visto muchas experiencias en los hospitales. Sacaba los ojos y los lavaba y se los volvía á poner al enfermo.

—Pues verá usted éste que digo yo, hizo una operacion en un hospital á un soldado, que nadie sabia

172

—Holal... conque padece usted de los ojos? No es verdad?

—Si, señor; por desgracia, le contestó el interpelado.

—Y segun veo lo han operado á usted. Por cierto que está bastante mal. Y quién ha sido el que tan estropeado le ha dejado?

—Quién ha de ser? Un bárbaro oculista que hay en Madrid que le llaman D. Policarpo.

Todos los concurrentes soltaron una estrepitosa carcajada, y D. Policarpo se puso colorado como un tomate, y verde como un tomate, y amarillo como un tomate, y al otro dia tomó el petate, por haber cometido un disparate.

169

EL TIRO POR LA CULATA.

Llegó á Alicante para tomar baños de mar, hóspedándose en una de las mejores fondas, un jóven oculista establecido en Madrid, muy presuntuoso y tan ávido por hacer muchas operaciones, que el hombre no desperdiciaba ocasion, y siempre iba mirando á todos los ojos para decirles que él los curaria pronto y mejor que nadie, y regalándoles recetas sin que nadie se las pidiese.

Y, en esto no hacia bien: á un médico desconocido le es permitido anunciarse (por supuesto sin alabarse á si mismo) pero no rogar